

El Diabolo vuelve a ponerse de moda. Y la brujería, la hechicería. De cuando en cuando la policía —por esos mundos, no sé si por éstos— descubre celebraciones de misas negras, actos de satanismo. Como los que contaba Huysmans en «Là-bas». Un burloncillo me ha dicho que se trata, sobre todo, de darle alguna

Los Contem pora nEos

OTRA VEZ EL DIABLO

gracia al sexo, al libertinaje, que se está muriendo de aburrimiento —por esos mundos, repito, no sé si por éstos—. Pero el Diabolo aparece en momentos más trágicos, si puede decirse —¿hay mayor tragedia que el sexo aburrido?—. En el proceso de Kenitra, los acusados de atentar contra la vida del Rey, al borde de la pena de muerte —que han traspasado ya—, han explicado que el problema esencial estaba en que el Diabolo había encarnado en el general Ufkir. ¿Por qué llevaba siempre gafas negras? Para que no se vieran sus ojos rutilantes. ¿Los ojos del Diabolo! Ya había aparecido el misterio en el proceso. El piloto que iba a lanzar su aparato contra el del Rey notó de pronto una enorme fuerza desconocida que le paralizaba en la última décima de segundo, le arrancaba el casco de la cabeza y le arrojaba del aparato. Se encontró flotando en el espacio, colgado de su paracaídas, que la fuerza misteriosa había tenido cuidado de abrir. ¿Cuál era la fuerza misteriosa? Puede conjeturarse que la de Alá. Hassan II es un alauita: debe estar protegido. Y si Ufkir era el Diabolo... De esta forma, la conjura de Marruecos no era más que un pequeño episodio en la gran lucha...

Gurdjaff —algunos escriben Gurdiaev—, viejo bolchevique renegado, místico, tenía su opinión sobre esa lucha. Decía que desde el primer encuentro había ganado el Malo, y así va el mundo. Tenía una secta en París, y jamás reveló todos sus secretos a sus discípulos. Cuando murió les dijo estas últimas palabras: «Je vous laissez dans de beaux draps...». Traduciríamos: «En buen lio os dejo...». Leo que el Poder Joven de Chile está fundado por un discípulo de Gurdjaff (Mario Rodríguez «El Silo»). Lucha contra Allende, participa en los disturbios de la Universidad, y dicen que anda con drogas y misas negras...

En esta tesisura imagino si el nombre de Allende será un derivado de Al-lah, como el de los alauitas...

¡Otra vez el Diabolo! Monseñor Guerra Campos afirma cada semana que el Diabolo se ha infiltrado en el seno mismo de la Iglesia, con su arma favorita, que es la confusión. El burloncillo me comenta que él

está seguro de que es así, y que el Diabolo, muchas veces, toma la forma y la figura del propio monseñor Guerra Campos. El burloncillo acabará mal. Quizá en la Inquisición. Si vuelve el Diabolo, debe volver la Inquisición. Se adivina que está volviendo.

Bueno, cada uno tiene del Diabolo la versión que le corresponde. Norman Mailer, por ejemplo, asegura que está en los computadores. «No sé quién dirige el mundo —dice, en unas declaraciones a Pierre Mermergues, en «Le Monde»—. Pero sé que debemos reconocer como una hipótesis científica la existencia del Diabolo, y creo que su primera manifestación es el ordenador. En el espíritu del Diabolo está volar la Naturaleza en todas partes, puesto que la Naturaleza es la primera creación de Dios». Su interlocutor, francés y cartesiano, no cree bien a sus propios oídos y pide aclaraciones: ¿Habla Norman Mailer del Diabolo como de una metáfora? «No —aclara el novelista—; esta idea tiene para mí tanta fuerza como la ciencia...». Y luego: «Cuando me despierto, el lunes, pienso que el comunismo es el Diabolo. El martes, que es el capitalismo. El miércoles, que es el matrimonio del uno con el otro. Dentro de veinte años habrá tan poca diferencia entre los dos... Pero lo esencial es la voluntad de potencia». Mailer acaba de publicar un libro pre-electoraral que se llama «San Jorge y el Padrino». San Jorge es McGovern; el Padrino, Nixon...

¿Estaba el Diabolo en Ufkir, está en el Poder Joven? (Pueden ustedes estar seguros de que no está en monseñor Guerra Campos; monseñor Guerra Campos es otra cosa.) Quizá está en el ordenador...

Yo, por si acaso, no me acercaré al Palacio de Congressos y Exposiciones. Allí está ahora el SIMO. Y el SIMO está lleno de computadores. ■

POZUELO



José Luis Orellana.

EL ROBINSON BELLOTERO DE LA SIERRA DE HORNACHOS

Durante cuatro días, José Luis Orellana, un niño de tres años que vive con su familia en un cortijillo extremeño, ha andado perdido por la sierra de Hornachos, que en los telegramas de agencia nos viene descrita como escenario para las penitencias de don Quijote: "Rocas y cavernas por doquier, intensa espesura, terreno apenas practicable, componen el paisaje de la serranía".

La cosa fue que, sin saberse todavía cómo, José Luis Orellana desapareció del cortijillo en la siesta del sábado 4. Insistimos en que tiene tres años, para recoger después el hilo de la cometa. Padre y abuelo comenzaron el mismo día a pensar en el Sacamantecas y a rastrear los alrededores de la casilla, que se deben conocer como la palma de la mano. Todo en balde. El pueblo entero se echó al monte. También en balde. Ya el martes, a los tres días de la desaparición de este "pequeño héroe" que nunca será elegido para ninguna campaña caritativa, llegó un autobús de guardias civiles. El miércoles, otro. Es decir, que durante cuatro días estuvieron peinando el monte casi todos los 5.000 vecinos de Hornachos, más la Benemérita.

Y al cabo de estos cuatro días, en "La Herrera", una finca que está a cuatro kilómetros de la casilla de los Orellana, oyeron voces. Puede colegirse el final feliz, aunque no lo que José Luis dijo a la partida: "Estoy buscando a mi padre".

Durante cuatro días, un niño de tres años ha vivaqueado sobre el terreno como un Robinson, dicen que alimentándose de bellotas. Si tenemos en cuenta que Viriato debió andar por aquellos andurriales de la Lusitania, sale bordada la apología de los hispánicos valores raciales de la guerrilla. Lo que quizá no salga tan bordado es pensar que José Luis será el último Robinson bellotero de tres años que quede en las Españas.

Visto todo desde la cultura urbana de los Planes de Desarrollo, extraña que en Hornachos, en una perdida sierra de Badajoz, queden 5.000 extremeños pegados a su tierra, como José Luis a las breñas de sus

soledades. Sorprende que un niño de tres años viva en un medio rural, fuera del pueblo, tan ricamente y en condiciones tales que un caso dado pueda sobrevivir durante cuatro días en el monte, sin tener siquiera que ser finalmente internado en un centro de la Seguridad Social. ¡Este sufrido y recio campesinado español, cuánto puede hacer trasladado a la industria y a la ciudad...!

Pero no; un niño de ciudad ya hubiera puesto de luto a los Orellana. Nuestros escolares, si conocen las bellotas, será por las fichas de la EGB, pero hay que sospechar que ni siquiera se les pasará por la imaginación que se comen, ya que no hay un solo anuncio de ellas en los programas infantiles de la televisión. Lo cual es lógico, si pensamos que cada vez van siendo menos los españoles con certificado de estudios en el difícil arte de distinguir una encima de un alcornoque, dándole de lado, como le estamos dando, al campo que no sirva para ser parcelado con objetivos finis-manuales.

Hace un año, en el verano de 1971, unos españoles emigrantes en Suiza pasaban el descanso del buscador de divisas en la playa huelvana de Mazagón. En la emigración les había nacido una niña, que ya era algo mayor que nuestro Robinson bellotero. La niña, criada en una ciudad europea, no debía conocer los pinares y, viéndolos, se adentró por ellos. Hasta perros de presa trajeron en aquella ocasión los guardias civiles en sus autobuses, para rastrear las dunas del Patrimonio Forestal del Estado. La autopsia demostró, días más tarde, que la niña había muerto de inanición, de frío y de miedo.

Y mientras, nuestro Robinson bellotero, al cabo de cuatro días de caminata, a kilómetro por día, en pleno otoño, en una semana de tormentas: "Estoy buscando a mi padre..."

No hay más remedio que pensar que, dentro de veinte años, José Luis Orellana echará de menos las bellotas en Barcelona o en Düsseldorf. ■ ANTONIO BURGOS.